

Contexto

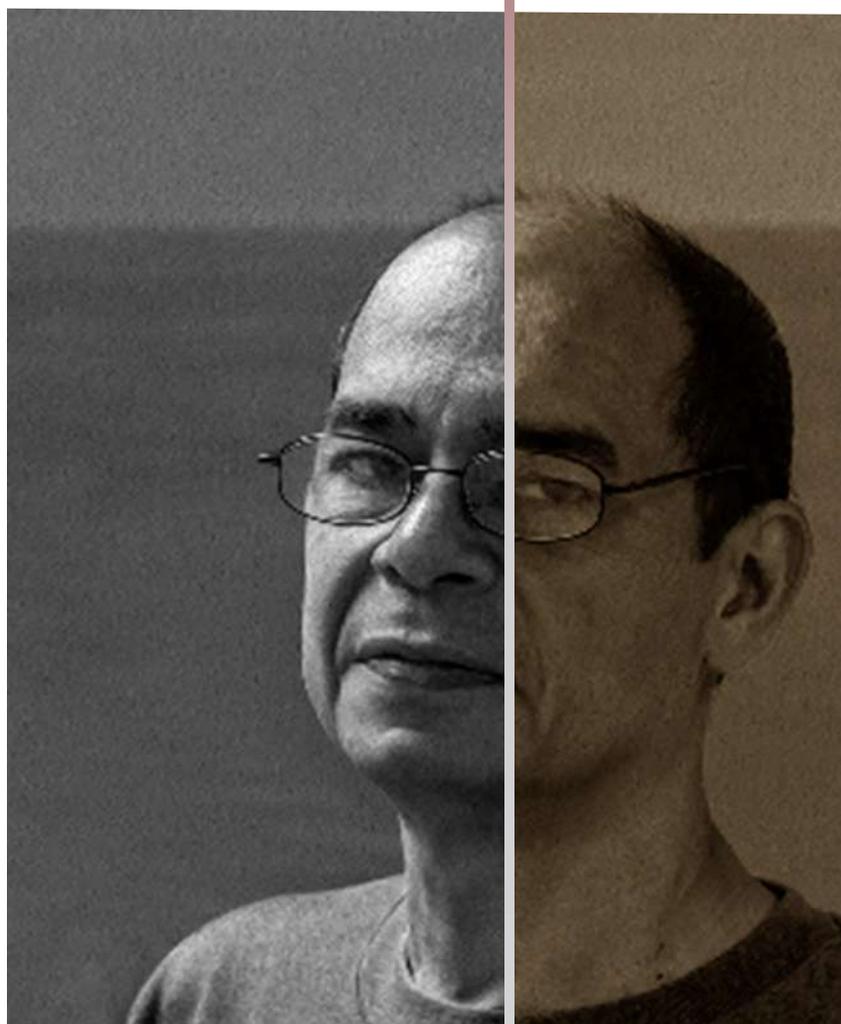
Revista Anual de Estudios Literarios | vol. 28 - n.º 30
e-ISSN:2610-7902 | e-Depósito Legal: Me2018000066



Ender Rodríguez / De la serie *Bestiario*
2023 / acrílico sobre cartón / 11,5 x 7,5 cm

Entrevistas

ENTREVISTA



“El estado del cuento venezolano es muy saludable; las temáticas y los acercamientos formales son variados”:

Entrevista con el escritor Rubi Guerra

Marisol García Romero

Universidad de Los Andes, Venezuela
profesoramarisolgarcia@gmail.com



¿Cómo citar?
García, M. “Entrevista con el escritor Rubi Guerra”.
Contexto, vol. 28, n.º 30, 2024, pp. 195-200.
<https://doi.org/10.53766/CONTEX/2024.28.30.13>



**UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES**
DR. PEDRO RINCÓN GUTIÉRREZ
TACHIRA VENEZUELA

Rubi Guerra (San Tomé, Anzoátegui, 1958) es promotor cultural en las áreas del cine y la literatura. Ha ejercido el periodismo. Ha publicado los libros de cuentos *El avatar* (Cumaná, 1986), *El mar invisible* (Caracas, 1990), *Partir* (Caracas, 1998), *El fondo de mares silenciosos* (México, 2002), *Un sueño comentado* (Caracas, 2004), *La forma del amor y otros cuentos* (Caracas, 2010), y las novelas *El discreto enemigo* (Caracas, 2001, 2016), *La tarea del testigo* (Caracas, 2007, 2012) y *Cálidas ruinas* (Caracas, 2023). Reside en Cumaná.

¿Cómo fue su primer acercamiento a la literatura como lector y escritor?

Comencé a leer bastante joven. A los ocho años, mi hermana mayor, que estudiaba Sociología en la Universidad Central de Venezuela, me enviaba libros por correo o me los traía cuando volvía a la casa de Cumaná en vacaciones. Eran libros de cuentos, biografías, hechos científicos adaptados para niños. También me escribía cartas que yo escrupulosamente respondía. No conservo ni sus cartas ni las mías, cosa de la que a veces me lamento y a veces me alegro. Luego leí todo lo que encontré en mi casa, que no era mucho. Y cuando tenía doce años salió la Biblioteca Básica Salvat; cada semana publicaban un libro y cada semana yo lo compraba con el dinero que me daban para llevar al liceo. Ya para ese momento, leer era un aspecto fundamental de mi vida. Casi como un acto natural, hacia los catorce años escribí mis primeros cuentos. Lo que recuerdo de ellos es que eran de contenido social y sentimentales. Tampoco los conservo.

Ha tenido una larga trayectoria como escritor. Me gustaría que intentara mostrarnos una cartografía de su obra, por ejemplo, las temáticas que lo han motivado a crear; si hay en su obra una tendencia a crear ciertos personajes o a utilizar ciertos recursos estéticos.

Es muy difícil contestar esa pregunta porque tiendo a olvidarme de lo que escribo una vez publicado. Como algunas cosas se han reeditado, no he tenido más remedio que leerlas otra vez, y eso me da cierta perspectiva, pero no ignoro que esa perspectiva puede estar distorsionada. Hay un personaje recurrente en mis ficciones: Medina, un periodista que nació de un personaje de Juan Carlos Onetti. El Medina de Onetti no es periodista, pero tomé su nombre para un cuento que, conscientemente, tomaba elementos de la novela *Dejemos hablar al viento*, del escritor uruguayo. Eso está en mi primer libro, *El avatar*, de 1986. Y luego vuelve a aparecer en mi novela *El discreto enemigo*, de 2001, y en *Cálidas ruinas*, de 2023.

Este personaje está dominado por un desasosiego vital, por los fracasos amorosos, por una búsqueda literaria nunca concretada. Otros temas, a veces asociados a las historias de Medina, pero en ocasiones no, son la violencia, el desgaste que significa vivir, la pérdida del amor, la memoria y el olvido. Y, como substrato de la mayoría de las historias, algo que llamaría “desconfianza hacia la realidad”, que suele expresarse en la aparición de sueños o atmósferas oníricas. Esto último es muy evidente en la novela *La tarea del testigo*, de 2007, sobre los últimos meses de vida de José Antonio Ramos Sucre.

¿Qué autores y obras del siglo xx de la literatura venezolana recomendaría leer?

Son muchos (cien años es bastante tiempo), y seguramente me olvidaré de unos cuantos. Me limitaré a la gente que hace narrativa, porque no me siento competente para hablar públicamente de poesía. En primer lugar, destacaría a José Antonio Ramos Sucre, con lo que parezco contradecirme; pero no lo siento así, ya que Ramos Sucre es un poeta narrativo en la mayoría de su obra, y ejerce una profunda influencia tanto en poetas como en narradores. Luego señalaría un trío de cuentistas: Gustavo Díaz Solís, Julio Garmendia y Alfredo Armas Alfonzo. Novelistas: Enrique Bernardo Núñez y su infinita *Cubagua*, una novela que el lector va redescubriendo cada vez que se acerca a ella. *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos, y *Las lanzas coloradas*, de Arturo Uslar Pietri, me siguen pareciendo dos grandes creaciones, a pesar de que algunos de sus aspectos puedan lucir algo envejecidos. José Balza ha publicado una serie de novelas impecables desde *Marzo anterior* y *Setecientas palmeras plantadas en un mismo lugar*, publicadas durante los años 60 y 70 del siglo pasado; así como Salvador Garmendia, de quien recomendaría, sobre todo, *Memorias de Altagracia*, no porque las otras valgan menos, sino simplemente porque es la que a mí más me gusta. Y tampoco puedo dejar de destacar *País portátil*, de Adriano González León, que leí por primera vez a los catorce años, y he vuelto a leer varias veces más. Todos estos autores son tanto cuentistas como novelistas, así que la distinción que he hecho es un poco artificial. Por ejemplo, Guillermo Meneses tiene una novela imprescindible, *El falso cuaderno de Narciso Espejo*, y un cuento igual de notable, “La mano junto al muro”. Un caso similar es el de Luis Britto García, con un libro de cuentos innovador, *Rajatabla*, de 1970, y una novela, *Abrapalabra*, de 1980, que parece extender las búsquedas formales del libro anterior. Y me voy a detener aquí, en medio de nuestros “clásicos contemporáneos” porque la lista se haría demasiado larga si enumero a los más recientes, gente como Victoria de Stefano y Ana Teresa Torres, que iniciaron una obra en el siglo xx y la consolidaron en el xxi.

En su opinión como conocedor del cuento venezolano, ¿cuál es el estado de ese género en el siglo XXI?

El estado del cuento venezolano es muy saludable; las temáticas y los acercamientos formales son variados. En algunas ocasiones he sentido, ante ciertos cuentos particulares, una especie de fatiga en el tono de ciertas historias que llamaría “policiales” o de “violencia urbana”. Los temas, como dije, son muy variados, pero aparece recientemente el de la inmigración, el desplazamiento humano como pérdida de la identidad, de los afectos, de la historia personal. La cantidad de autores que escriben y publican cuentos en el siglo XXI es impresionante. Materialmente, es imposible seguirlos a todos. Aunque tengo la impresión de que el mercado editorial venezolano se ha ralentizado en los últimos años y eso ha provocado una disminución en las publicaciones. En todo caso, con lo publicado en los primeros quince años del siglo bastaría para llenar varias antologías. Solo por citar algunos nombres en completo desorden: Miguel Gomes, Juan Carlos Méndez Guédez, Liliana Lara, Krina Ber, Federico Vegas, Carolina Lozada, Juan Carlos Chirinos, Dayana Fraile, Antonio López Ortega, Rodrigo Blanco Carderón, Fedosy Santaella, Jesús Miguel Soto, Enza García Arreaza, Roberto Echeto, Roberto Martínez Bachrich.

¿Qué autores y obras deberían incluirse en el canon venezolano? ¿Cuáles recomendaría leer y analizar en el nivel educativo de secundaria y cuáles en el nivel universitario (en particular, de los estudiantes que se forman como docentes del área de lengua y literatura)?

Algunas obras y autores ya los he mencionado en las respuestas a las preguntas anteriores. Son obras y autores que pueden leer adolescentes y adultos, simples lectores interesados o quienes se preparan como docentes de lengua y literatura. La diferencia está en lo que podría esperarse de unos y otros. De los estudiantes de media y lectores en general, me conformaría que leyeran por disfrute, por placer, por entretenimiento. En ciertos medio intelectuales, el entretenimiento está muy mal visto, pero yo no veo cuál es el problema si una novela o un cuento nos entretiene, si nos perdemos en sus páginas y nos ayuda a pasar un momento aburrido o angustioso. En fin, ese es otro asunto. De futuros profesores de lengua y literatura debería esperar otras cosas: que lean en profundidad, que entiendan no solo de los temas, sino también de las estrategias textuales de los autores, la arquitectura de las novelas y cuentos, y que puedan relacionar esos temas y estrategias con otros de nuestro medio nacional y del extranjero. Porque ningún autor responde solo a unas claves nacionales.

Usted ha realizado varias antologías del cuento venezolano. ¿Le gustaría hacer una nueva antología? ¿Qué criterios utilizaría para agrupar los cuentos?

En realidad, he realizado solo una antología, *21 del XXI*, publicada en 2007, y que recoge cuentos aparecidos entre 2000 y 2006. Y sí, me gustaría hacer otra, en primer lugar, porque algunos autores quedaron fuera, bien porque no llegué a conocer sus libros o porque publicaron a finales del 2006, como Federico Vegas, Salvador Fleján y Liliana Lara. Los criterios que utilizaría para esa hipotética nueva antología serían los mismos de la primera vez: que sean cuentos publicados en libros durante el periodo seleccionado, y que me gusten, me sorprendan o me impresionen de manera particular. Es, por supuesto, algo bastante subjetivo y lo asumo así. La razón para seleccionar solo textos aparecidos en libros es práctica; si buscara en blogs, revistas y páginas web, la labor sería inmanejable. Por supuesto, una antología se puede organizar de diferentes maneras, todas válidas. Por ejemplo: “cuentos venezolanos del siglo XXI publicados por mujeres”; “cuentos fantásticos venezolanos del siglo XXI”; “cuentos de la inmigración venezolana del siglo XXI”, etc.

Usted ha contribuido en la formación de escritores de cuento. ¿Qué le recomendaría a una persona que quiera escribir cuentos?

Algo muy elemental: que lea muchos cuentos, de muchas tradiciones literarias diferentes. La lectura nos proporciona modelos narrativos que se absorben inconscientemente. Modelos de trama, modelos de personajes, de situaciones. Luego, si uno tiene suerte, esos modelos se mezclan y confunden, pero están ahí cuando uno los necesita. Cuando eso se une con las experiencias personales (todo lo que uno ha vivido, ha visto, le han contado, ha soñado) esas múltiples lecturas, esos modelos deberían dar paso a algo personal, un estilo o ciertas historias. Si alguien lee pocos cuentos, y quiere escribir, solo tendrá como modelo esas pocas lecturas, un repertorio limitado al que acudir, y generalmente termina repitiendo unas fórmulas ajenas. Claro, hay excepciones: gente que no ha leído casi nada y escribe maravillosamente. Una segunda recomendación: si alguien quiere escribir cuentos, tiene que sentarse a escribir cuentos. Y una tercera: también hay que leer poesía.

Según su reseña en *Wikipedia*, se le ubica en la “generación de los noventa”, junto con autores como Ricardo Azuaje, Israel Centeno, José Roberto Duque, Luis Felipe Castillo, Slavko Zupcic, Juan Carlos Chirinos y Juan Carlos Méndez Guédez, entre otros. ¿Se identifica con esa generación?

Sí y no. La mayoría de los miembros de esa llamada “generación de los noventa”, somos amigos. Durante un tiempo trabajamos en distintas instituciones del sector cultural, en la Dirección de Literatura del CONAC, en Fundalibro (que luego

tomaría el nombre de Centro Nacional del Libro), en Monte Ávila Editores, algunos en el taller de narrativa del Centro Rómulo Gallegos coordinado por Igor Delgado Senior. Compartimos lecturas, discusiones, chistes, cervezas. Creo que nos influenciamos mutuamente, pero también comenzamos a desarrollar nuestras propias maneras de narrar, nuestros mundos ficcionales individuales, y eso nos llevó por caminos diferentes. Entonces, sin ignorar lo que podemos tener en común, producto de la cercanía y las lecturas compartidas y comentadas, lo de “generación de los noventa” no me dice mucho.

Venezuela ha experimentado un fenómeno migratorio, agravado en la última década, y, debido a ello, muchos escritores se han ido y publican desde otros territorios. ¿Cómo cree que afecta esa situación a la producción de literatura venezolana dentro del país y a su recepción?

En cuanto a la recepción de la literatura venezolana, abre una ventana interesantísima y que beneficia a todos los escritores, los que están afuera y los que permanecemos en el país. Que haya una veintena de nuevas publicaciones circulando en varios países, en ocasiones en otras lenguas, no puede sino ser bueno. Aumenta la visibilidad de todos. La difusión de autores nacionales que hacen en España las editoriales Kalathos y Pre-Textos ha producido que la expresión “literatura venezolana” ya no sea extraña en contextos fuera de Venezuela. Además, otras editoriales españolas también tienen autores nuestros, como Alfaguara, Cátedra, Lumen, Siruela, Páginas de Espuma y algunas otras que no recuerdo. Y también se publica en Argentina, Chile, Colombia, Estados Unidos, Francia, Brasil. Ahora, ¿cómo afecta esa situación a la producción de literatura venezolana dentro del país? Eso es más incierto, porque se refiere al problema de la producción editorial, que no escapa a la crisis generalizada que vivimos. Por ejemplo, mi novela más reciente se imprimió en Nueva York porque resultaba más barato así y traerla en barco que imprimirla en Venezuela. Eso es bastante absurdo. Yo encuentro muy estimulante que nuestra gente que escribe literatura dentro y fuera del país pueda encontrar otros públicos en otras geografías y culturas.

